

Cuando una  
*mujer*  
está  
desesperada

**Libros de Cindi McMenamin publicados por Portavoz**

*Cuando Dios ve tus lágrimas*

*Cuando una mujer está desesperada*

*Cuando una mujer se siente sola*

*Cuando una mujer supera las heridas de la vida*

Cuando una  
*mujer*  
está  
desesperada

C I N D I M C M E N A M I N



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Women on the Edge*, © 2010 por Cindi McMenamín y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, Oregon 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Cuando una mujer está desesperada*, © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “TLA” ha sido tomado de la Traducción en Lenguaje Actual © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “MSG” es una traducción al español del texto de The Message. Copyright © por Eugene H. Peterson 1993, 1994, 1995, 1996, 2000, 2001, 2002. Usado con permiso de NavPress Publishing Group.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Drive NE  
Grand Rapids, Michigan 49505 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5723-4 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6603-8 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-8759-0 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

*Impreso en los Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America*

Para todas las mujeres que alguna vez estuvieron en una situación desesperante.  
Yo lo he estado. Y el Amante de tu alma también.

“Tú eres mi Dios, eres todo lo que tengo;  
tú llenas mi vida y me das seguridad.  
Gracias a ti, la herencia que me tocó  
es una tierra muy bella”.

SALMO 16:5-6 (TLA)

## Reconocimientos

Mi sincero agradecimiento a:

- Mi esposo Hugh y a mi hija Dana por su paciencia y amor incondicional hacia una esposa y una madre que muchas veces parece estar desesperada.
- Mi amiga Griselda, por traer luz y esperanza a este libro a través de su hermoso testimonio.
- Mi amiga Ashley, por reír conmigo y alentarme a seguir escribiendo cada vez que me sentía desesperada.
- Mi amiga y hermana en el ministerio, Kelly Bell, por alentarme a escribir para mujeres que se sienten desesperadas.
- Mi amiga Patti que, como nueva creyente, me volvió a recordar el gozo de conocer a Jesús y qué significa estar desesperada por Dios.
- Mis oyentes y lectoras —de toda la nación y del exterior— que han abierto su corazón para contar sus historias, frustraciones, pensamientos y alegrías sobre lo que realmente significa ser una mujer desesperada.

Y, ante todo, estoy agradecida a mi Señor y Salvador, Jesucristo, que “mostró su gran amor por mí cuando me hallaba en una ciudad sitiada” (Sal. 31:21, NVI).

# Contenido

En una encrucijada . . . . .	9
------------------------------	---

Parte uno:

**Sobrevive en la desesperación:**

*Desesperaciones que llevan a la destrucción*

1. Desesperada por algo más: Desea solo a Dios . . . . .	17
2. Desesperada por tener el control: Desea un corazón rendido . . . . .	32
3. Desesperada por sentirte realizada: Desea un corazón agradecido . . . . .	54
4. Desesperada por un cambio: Desea una confianza más profunda . . . . .	69
5. Desesperada por amor: Desea un corazón fiel . . . . .	90
6. Desesperada por no repetir patrones del pasado: Desea un nuevo legado . . . . .	108
7. Desesperada por alcanzar logros: Desea a Dios como tu galardón . . . . .	125
8. Desesperada por encontrar tu identidad: Desea la identidad de Dios . . . . .	138

Parte dos:

**Triunfa sobre la desesperación:**

*Desesperaciones que pueden hacernos libres*

9. Desesperada por obedecer a Dios: Desea hacer su voluntad, no la tuya . . . . .	153
10. Desesperada por servir a Dios: Desea deleitarte en Él . . . . .	166
11. Desesperada por un toque de Dios: Desea estar sana . . . . .	184
12. Desesperada por su gloria: No desees nada más . . . . .	201
Permanece en el camino de la vida . . . . .	219





# *En una encrucijada*

Bendito sea el SEÑOR, pues mostró su gran amor por mí  
cuando me hallaba en una ciudad sitiada.

SALMO 31:21 (NVI)

Sandra se sentía como en una ciudad sitiada. Sus dos hijos adolescentes le faltaban al respeto con sus palabras y acciones. Y su esposo, después de veintidós años de matrimonio, parecía estar del lado de sus hijos. Sandra sentía que no la valoraban ni la respetaban, y se sentía incomprendida y sumamente frustrada. Estaba desesperada.

“No puedo seguir viviendo así”, se dijo en voz alta mientras volvía del trabajo en su auto. Ya había soportado bastante. Estaba cansada de la tensión que le esperaba en su casa, harta de las batallas, desanimada por sus intentos inútiles de hablar sobre sus frustraciones y convencida de que seguirían haciendo oídos sordos. Estaba desesperada por huir de esa situación, pero no sabía cómo. Necesitaba hablar, pero sentía que nadie la comprendería. En lo profundo de su corazón, amaba a su familia; sin embargo —en ese momento— no quería volver a verlos.

Mientras se acercaba a su casa, revivía el dolor y la frustración de un conflicto de la noche anterior. Llegó a su casa con el plan de huir y la intención de empacar sus pertenencias para irse a cualquier otro lugar.

Al llegar, Sandra fue a su habitación y empezó a hacer sus maletas. Estaba aturdida. Apenas podía hilvanar sus pensamientos. Estaba agotada por los conflictos sin resolver. Se le hacía un nudo en la garganta de solo pensar en irse. *Esto está mal* —le susurró una voz interior—. “¿Pero seguir con esta vida desdichada está bien?”, se preguntó en voz alta.

*Que me extrañen un tiempo para que se replanteen cómo me están tratando*, pensó. Pero no quería tener esa actitud. Sandra se desplomó sobre el piso y empezó a llorar.

“¡Quiero irme, Dios! —gritó—. Pero no tengo a dónde ir. ¡Los amo, pero no puedo seguir viviendo con ellos!”.

Finalmente, Sandra había llegado a una encrucijada donde las expectativas de la vida y la realidad de la vida se cruzan lastimosamente. Un lugar donde el dolor parece insoportable y la vía de escape parece prometer alivio. Una situación realmente desesperante, que puede derivar en una decisión sabia o insensata. Tenía que tomar una decisión: seguir el impulso de sus deseos hacia la destrucción o hacia un destino feliz.

Estas encrucijadas no son nada nuevo. El Señor le dio esta instrucción a su pueblo hace varios siglos:

Deténganse en el cruce y miren a su alrededor; pregunten por el camino antiguo, el camino justo, y anden en él (Jer. 6:16, NTV).

Sandra necesitaba saber cuál era “el camino justo” y fortaleza para caminar en él. Entonces respiró hondo e hizo una de las preguntas más importantes que una mujer puede formular cuando está en una encrucijada y no sabe qué hacer: “Dios, ¿qué quieres que haga?”.

Después de llorar un buen rato, Sandra se levantó y le suplicó a Dios que cambiara su corazón:

*Dios, dame discernimiento para saber cómo hablar con mis hijos adolescentes... para saber cómo amarlos incondicionalmente; no para que se aprovechen de mí, sino para que sientan convicción de pecado por su comportamiento y aprendan a amar incondicionalmente también.*

*Dios, dame discernimiento para ver las acciones de mi esposo y fijarme en lo mejor de él, no en lo peor. Muéstrame lo que está haciendo bien para no reparar siempre en sus errores como padre y esposo.*

*Dios, cámbiame de tal modo que mi comportamiento provoque respuestas de amor en el resto de mi familia.*

La oración de Sandra no obtuvo resultados inmediatos, pero sí paz inmediata. Empezó a confiar y creer que Aquel que era más grande, más fuerte y mucho más poderoso que ella podía darle paz en medio de su desesperación y encaminarla hacia un lugar seguro de gracia y amor.

Frente a esa encrucijada (y mientras empacaba sus pertenencias), Sandra creía que estaba eligiendo la supervivencia y la cordura por encima del dolor y la frustración constantes. Sin embargo, Sandra no se había dado cuenta de que tenía dos caminos frente a ella: el camino de sus propios deseos (de un cambio, realización, paz, felicidad), que finalmente la conduciría a su fracaso (sentimientos de abandono y traición de su esposo y sus hijos, la separación y, posiblemente, el divorcio) o el camino de la obediencia a Dios (preguntarle qué quería *Él* que hiciera), que la conduciría a la libertad y la realización en su vida.

Al igual que Sandra, todas nos sentimos —en un momento u otro— como en “una ciudad sitiada”. Estamos desesperadas y necesitamos encontrar un lugar seguro de comprensión y amor incondicional. Todas llegamos a una encrucijada en ciertos momentos de nuestra vida donde nos preguntamos:

*¿Esto es todo lo que hay en la vida?*

*¿No me merezco una vida mejor que esta?*

*¿Por qué tengo que soportar todo esto?*

*¿Realmente quiero que mi vida siga siendo la misma?*

*¿No sería más feliz si escapara de esta situación?*

A veces nos sentimos mejor cuando estallamos de ira, perdemos los estribos o simplemente huimos. Pero todas, en un momento u otro, llegamos a una encrucijada donde debemos decidir si nos dejaremos dominar por nuestra desesperación o tendremos dominio sobre ella.

Al igual que Sandra, sé qué se siente en esos momentos de desesperación. Tengo días cuando no solo estoy decepcionada o desilusionada, sino totalmente desesperada. Desesperada por un cambio. Desesperada por tener el control de las cosas. Desesperada por sentirme respetada, apreciada y valorada. Puedo identificarme con la mujer desesperada que piensa: *Tengo que salir de esta situación ahora antes que me funda por completo* o con la que piensa: *Si las cosas no cambian, me voy a volver loca*.

Me han dicho que es la crisis de los cuarenta, que es hormonal,

que así es la vida. Pero nunca me han dicho que soy la única que se siente así. Prácticamente, todas las mujeres que he conocido han pasado por situaciones donde pensaron que perderían la razón. Y adivino que tú también, de lo contrario, no estarías leyendo este libro. Después de encuestar a casi cien mujeres de diferentes edades y etapas de la vida —así como de hablar, discipular y aconsejar a cientos de otras mujeres a lo largo de mis diez años como esposa de pastor, maestra de la Biblia y conferencista nacional— estoy convencida de que *todas* las mujeres se sienten desesperadas en un momento u otro. *Todas* han experimentado una clase de pasión por algo, que luego se ha convertido en desesperación. *Todas* han llegado a sentir que están al borde de la desesperación.

Pero la desesperación en sí misma no es, necesariamente, algo malo. Todo depende del *objeto* de nuestra desesperación.

Aunque hay días cuando mi desesperación tiene que ver con algo interno, hay otros días cuando mi desesperación me conduce a un deseo más profundo de lo que es bueno, honesto y justo. Por ejemplo, estoy desesperada por una mayor influencia de Dios en mi vida; por una mayor armonía en mi matrimonio; porque mi hija adolescente ame a Dios y quiera servirlo con todo su corazón; por alcanzar a mujeres que se mueren sin conocer a Jesús como su Salvador.

Puede que al leer esa lista hayas pensado: *¿Qué tiene de malo estar desesperada? Mientras esté desesperada por este tipo de cosas, Dios puede hacer una gran obra en mi vida.*

El peligro aparece cuando estoy desesperada por *otras cosas*. Cuando me desespero por tener el control de una situación o por ser feliz, sentirme realizada o amada. Mi desesperación es peligrosa cuando estoy desesperada porque me reconozcan, por encontrarme a mí misma, por lograr objetivos o por tener algo que Dios no me ha dado. Y si el objeto de esa desesperación no es el correcto, puede llevarme a la destrucción. Sin embargo...

si estoy desesperada por más de *algo* y permito que Dios lo convierta en desesperación por más de *Él*...

si estoy desesperada por ser *feliz* y permito que Dios lo convierta en desesperación por *agradarle*...

si estoy desesperada por *recibir amor* y permito que Dios lo convierta en un *amor* más apasionado *por Él...*

si estoy desesperada por *lograr objetivos* y permito que Dios lo convierta en el deseo de que *Él* sea glorificado...

entonces estoy permitiendo que *Dios* dirija mis pasos hacia un destino feliz. Estoy permitiendo que *Él* me muestre “el camino justo” para que pueda caminar en él.

Tú también puedes permitir que Dios convierta *tu* desesperación en el deseo de que *Él* cambie el rumbo de tu vida, no hacia la destrucción, sino hacia un destino feliz.

Tal vez, al igual que yo, puedes identificarte con la mujer que está desesperada por...

- tener intimidad en su matrimonio (¡o por un hombre con quien tener intimidad!)
- tener un hijo (o que sus hijos anden en los caminos de Dios)
- tener paz en su hogar (o, simplemente, un hogar)
- evitar patrones del pasado
- ser feliz y sentirse realizada en la vida
- que la comprendan y la reconozcan por lo que realmente es
- tener un propósito en la vida
- agradar a Dios
- tener influencia en su hogar, su comunidad o el mundo
- lograr un sueño que todavía no se ha hecho realidad

Estar desesperada por cualquiera de estas cosas puede llevarte por el camino de la destrucción o hacia un deseo más profundo por Dios. Estoy convencida de que no hay un camino intermedio. De modo que el asunto es serio. ¿A dónde quieres que te lleve *tu* pasión? ¿Qué camino quieres seguir? ¿Qué quieres hacer con tus momentos (o etapas) de desesperación? Pueden llevarte al desánimo o a la motivación. Pueden conducirte al pecado o a servir a Dios con más pasión. Pueden hacerte desmayar o crecer.

A través de las páginas de este libro, te mostraré cómo tomar las causas de tu desesperación en la vida y convertirlas en un deseo más profundo por Dios. En esta travesía veremos el relato bíblico de mujeres de carne y hueso que estaban desesperadas. Te mostraré quiénes se rindieron a Dios y quiénes siguieron luchando. También veremos la vida de mujeres de hoy, que llegaron a una encrucijada y se preguntaron qué camino seguir. Y, en medio de esas historias, te encontrarás a ti misma; una mujer que tiene la opción de dejar que su desesperación la lleve por el camino de la destrucción o que Dios dirija sus deseos hacia un destino feliz. En estas historias, tal vez encuentres la tuya. Y en las decisiones que ellas enfrentaron —y siguen enfrentando— estoy segura de que sabrás qué decisiones tú también debes tomar. Finalmente, en la fortaleza que ellas siguen encontrando cada día, confío en que tú encontrarás el ancla de tu esperanza que te ayude a permanecer firme y tu fuente de fortaleza que te ayude seguir adelante.

Amiga mía, acompáñame a descubrir ese lugar seguro donde podemos refugiarnos en medio de la desesperación. Acompáñame a tomar esta senda donde no solo podemos caminar, sino correr hacia nuestra libertad y realización en la vida. Busquemos juntas una mayor pasión por Dios hasta que podamos estar desesperadas por *Él*.

Después de todo —como mujeres apasionadas que somos—, si vamos a estar desesperadas, ¡que sea por Dios!



Parte uno

# *Sobrevive en la desesperación:*

## **DESESPERACIONES QUE LLEVAN A LA DESTRUCCIÓN**

Los anhelos del corazón de una mujer pueden convertirse en una desesperación que la lleve a la destrucción o en un atajo que la conduzca a un destino feliz.

Analícemos la desesperación de nuestro corazón que puede destruirnos, y busquemos a Aquel a quien podemos aferrarnos... y un lugar seguro donde podemos ser libres.





# *Desesperada por algo más*

---

## DESEA SOLO A DIOS

Dios bendice a los que solos no pueden más,  
y se dan cuenta de que necesitan de Él.

MATEO 5:3 (MSG)

Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré;  
que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida,  
para contemplar la hermosura de Jehová,  
y para inquirir en su templo.

SALMO 27:4

**L**aura parecía tenerlo todo. Tenía un esposo e hijos que amaba, una casa hermosa, muchos amigos y un futuro prometedor. Era una de esas mujeres que todos quieren tener cerca por su entusiasmo y optimismo.

Conocí a Laura en una etapa de su vida en la que esperaba más cosas. Estaba desesperada por algo más. Sin embargo, no noté su desesperación. Todos sus hijos ya se habían ido de casa para formar su propio matrimonio o para establecerse en su profesión. Ella había servido en la iglesia junto a su esposo por varios años y había sido la que siempre lo animaba. Ahora sentía que era el turno de *ella*.

Nos encontramos varias veces y hablamos de su próximo paso en el ministerio. Ella quería que su vida tuviera una razón. Quería que su historia —las cosas increíbles que Dios había hecho en su vida— llegara a oído de otras personas. Hablamos de lo que ella esperaba que Dios hiciera en su vida. Empecé a adiestrarla en su oratoria para que pudiera contar su testimonio en público y hablamos de la posibilidad de que escribiera un libro. Todo parecía estar yendo bien.

Luego, un día todo cambió.

La Laura que conocí desapareció. Literalmente. Abandonó su

matrimonio y el ministerio. Abandonó a su familia y sus amistades. Abandonó sus responsabilidades y su reputación. Estaba desesperada por algo y, lamentablemente, escogió el camino que lastimó a todos los que una vez la conocieron... o que *pensaron* que la conocían. Traté de contactarme con ella y me contestó que “estaba bien” con un mensaje de texto. Traté de llamarla para reunirme con ella, pero cambió su número de teléfono. Traté de buscarla, pero permaneció esquivo.

¿Qué había pasado? ¿Qué había salido mal? ¿Y cómo no lo vi venir?

Sin embargo, en cierto sentido, sí lo vi venir.

Detrás del ímpetu y el entusiasmo de esta mujer se asomaba el deseo vehemente de algo más. Pero lo dejé pasar como una conversación femenina normal. Todas las mujeres hablan en tono burlón de lo que podrían disfrutar si volvieran a ser solteras, de lo que podrían hacer con sus vidas si no estuvieran atadas por los hijos, de cuánto más podrían hacer si tuvieran más dinero o de lo que la vida aún no les ha dado, *¿no es cierto?* Todas las mujeres se quejan de vez en cuando de no poder más con todas las responsabilidades, todo el trabajo pesado y todas las expectativas que ponen en ellas las personas de su entorno. Todas las mujeres dejan entrever de vez en cuando que están a punto de largarse. Entonces, ¿por qué nos sorprendemos tanto cuando finalmente lo hacen?

Hoy me duele el corazón al darme cuenta de que estuve casi cada semana durante todo un año frente a una mujer al borde de la desesperación; a punto de hacer algo en serio para Dios o de hundirse en la autodestrucción. Tenía dos caminos en frente: el camino de la vida y las bendiciones o el camino de la destrucción. Tal vez, sin saberlo, eligió el de la destrucción. Y yo no pude hacer nada.

A veces tú y yo también somos como Laura. Un día amamos la vida y contagiamos a otros con nuestro entusiasmo. Y al siguiente estamos tan abrumadas por nuestras responsabilidades, cargas, angustias o frustraciones, que queremos huir; queremos irnos lejos de todo aquello que amenaza con presionarnos. Un día parecemos estar felices y contentas con la vida que nos tocó y, al siguiente, queremos tirar todo por la borda y empezar de nuevo. En lo profundo de nuestro ser hay un vacío que constantemente pide más a gritos.

Cada día, en cierto sentido, se abren dos caminos frente a nosotras. Uno nos seduce con la fantasía de escaparnos; una mentira que nos promete una vida con menos responsabilidades y menos problemas. El otro camino no nos promete una vida fácil, sino la satisfacción y el gozo eternos si dejamos a un lado nuestros deseos de placer inmediato y nos enfocamos en el gozo duradero. A menudo tengo que preguntarme: “¿Qué camino tomo? ¿Quiero que Dios me bendiga conforme a su voluntad o insisto en que lo haga según mi voluntad? ¿Anhele la vida conforme al designio y el propósito de Dios o insisto en seguir mi propio camino sin darme cuenta de que me llevará a la destrucción?”.

Hay muchos “caminos” que a las mujeres les parecen correctos y que veremos a lo largo de este libro. Pero el resultado final a menudo es el dolor: emocional, espiritual y, a veces, incluso físico. Uno de esos caminos incluye querer más porque creemos que lo merecemos.

Como seres humanos, es innato en nosotros querer más. Como mujeres, *anhelamos* algo más. Pero ¿cuál es la razón principal que nos lleva a anhelar algo más? Y ¿por qué ese anhelo se convierte en desesperación? Creo que el anhelo de algo más comenzó con la primera mujer de esta tierra y la primera que tuvo que tomar una decisión.

### **¿Por qué “algo más” nunca es suficiente?**

Eva era una mujer que lo tenía todo. Literalmente. Estaba casada con el Sr. Perfecto. (Adán era el modelo de la masculinidad, el hombre ideal formado a semejanza de Dios). Además de tener al esposo perfecto, Eva tenía un huerto hermoso como hogar (¡que nunca había que desmalezar!), no tenía vecinos ruidosos (o curiosos), no tenía presiones laborales —tampoco su esposo—, no tenía deudas o cuentas por pagar, no tenía familia política ni hijos desobedientes o demandantes. ¡No tenía ropa que lavar! (porque estaban desnudos antes de la caída, ¿recuerdas?).

Sí, Eva tenía una vida perfecta. No solo su vida era perfecta, sino que *ella* era perfecta. No tenía quejas sobre su salud, su apariencia, su cuerpo, su peso, su cabello. Era perfecta y completa en todos los sentidos. Ella y su esposo tenían una vida perfecta en un lugar perfecto sin otra cosa que tiempo para disfrutar de la vida con su

Creador y uno con el otro. Vivían una continua luna de miel en el paraíso. ¡Qué vida! Pero por alguna razón, no fue suficiente para ella.

No sabemos cuánto tiempo Eva disfrutó de la belleza y la dicha de su existencia, en estrecha compañía de su esposo y su Creador. ¿Fueron algunos días, una semana, un mes o solo una cuestión de horas? Solo sabemos que cuando Satanás se le apareció en forma de serpiente y le mostró algo que ella *no tenía*, Eva sintió por primera vez el deseo de algo más. La serpiente le dijo que si ella comía el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal, “serán abiertos [tus] ojos, y [serás] como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn. 3:5). Ser la corona de la creación de Dios, al parecer, no era suficiente. Eva quería ser *como Dios*. Su rol como “la mujer” —¡la única mujer de la tierra y además perfecta!— no era suficiente. Ella quería más.

Cuando la serpiente le dijo que sus ojos se abrirían y conocería la diferencia entre el bien y el mal, le pareció tentador. Eva quería que sus ojos se “abrieran”. Piensa en la belleza que sus ojos ya contemplaban: un huerto impresionantemente hermoso con colores más vívidos que cualquier cosa que podamos imaginar; un mundo perfecto, sin contaminación, sin malezas u hojas marchitas o césped seco ni ningún indicio de muerte. Sin embargo, quiso más.

Las Escrituras dicen que cuando Eva vio que el fruto “era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría”,<sup>1</sup> quiso más. Eva había recibido el pleno uso de sus facultades mentales. Podía razonar. Podría haberle señalado su error y engaño cuando Satanás le preguntó: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”. Podría haberle repetido el mandato de Dios. Pero quería conocer lo que aún no conocía. Evidentemente, la idea de tener más sabiduría de la que ya tenía debió resultarle atractivo.

¡Ay! ¿Por qué Eva no confió que Dios le había dado todo lo que necesitaba? ¿Qué hubiera pasado si no le hacía caso a esa voz tentadora que le dijo que sería más feliz si tenía algo *más*? ¿Qué hubiera pasado si respondía al tentador: “No necesito conocer el mal; Dios me ha dado todo lo que necesito para ser feliz en mi relación con Él”?

¿No podría haberse contentado con la bondad de Dios sobre

---

1. Génesis 3:6.

su vida y rechazar la mentira de que Él la estaba privando de algo? ¿Qué hubiera pasado si Eva le respondía: “No me parece que el Señor haría eso... negarme algo que realmente deseo; le voy a comentar este asunto a Alguien, que quiere lo mejor para mí”? Sabemos, por la historia, que esa persona no era su esposo. Adán también sucumbió a la tentación. Eva quiso algo más *aparte de* Dios. Buscó la seguridad que da la complicidad e hizo parte de ese pecado a su esposo.

¿No podría haberse contentado con saber que Dios ya le había dado toda la sabiduría que necesitaba? Sin embargo, quiso más.

Cuando Satanás hizo tomar consciencia a Eva de que había algo que ella *no* tenía, se desesperó por tenerlo. En realidad, cuestionó la bondad y el amor de Dios por ella cuando empezó a considerar el hecho de que Dios la estuviera privando de algo. De hecho, las Escrituras dicen que ella vio que era algo “bueno” (al parecer, según su opinión), y tomó el fruto y comió. Cuando quiso más de lo que su Hacedor consideró que era lo mejor para ella y comió el fruto prohibido, terminó por perderlo todo. Perdió su hogar, su salud, su felicidad, la perfecta unidad con su esposo, su perfecta intimidad con Dios y, por último, su vida sobre la tierra. La desesperación de Eva por algo más la condujo a un destino de muerte física y espiritual. Ahora, al mirar atrás, ¿valió la pena que pusiera en riesgo —y lo perdiera— todo por comer ese fruto del huerto? ¿Valió la pena perderlo todo por querer un poco más?

Necesitamos hacernos esa pregunta también.

### **Nuestro anhelo insaciable**

Tú y yo somos como Eva. Dios también nos ha dado muchas cosas, pero a menudo creemos que si tuviéramos algo más, seríamos más felices. Al igual que Eva, nosotras también buscamos la seguridad de la compañía y la complicidad. *Si alguien hace esto conmigo (si alguien me da su aprobación, si alguien me dice que no está mal sentirme así), entonces no debe ser tan malo.*

El deseo de Eva de algo más, aparte de Dios, la condujo a la separación; separación de Dios y del huerto. Separación, en ocasiones, de su esposo, con quien disfrutaba de una completa unidad antes que se aventurara a buscar más. Su desesperación por algo más la llevó a la destrucción: vivir en un mundo maldito, así como a su muerte y la

de todos los que vinieran después de ella. Había mucho en juego. Y ella se arriesgó y lo perdió todo. Es irónico ver que el deseo de Eva de tener *más* la llevó a perder *todo* lo que tenía.

### ¿Y tú?

¿Has escuchado tú también al tentador cuando trata de engañarte? Yo sí. En vez de tentarme a comer un fruto que supuestamente me haría más sabia, cambia las palabras un poco y le da un enfoque totalmente distinto. Pero, en realidad, es la misma estrategia que usó con Eva. Su diálogo es más o menos así (¿puedes identificarte también con estos susurros del enemigo?):

“Por primera vez en tu vida, ¿por qué no piensas en *ti*, en vez de pensar en los demás?”.

“No deberías seguir soportando eso. Te mereces algo mucho mejor”.

“¿Quién dijo que eso no se debe hacer? ¡Adelante! No le harás daño a nadie. Y nadie se va a enterar”.

“¿Por qué no puedes tener algo así? Te pasaste la vida tratando de que los demás tengan lo que quieren”.

“Deberías saber cómo es participar en eso. De esa manera podrías ministrar mejor a quienes luchan con algo así”.

“¡Vamos... vive el momento! ¿Cuál es el problema?”.

Las mentiras son las mismas. Implican que Dios *no* quiere lo mejor para ti con respecto a tu futuro y tus circunstancias. Implican que Dios no ha sido bueno al ponerte los límites que ha trazado para ti. Hacen a Dios mentiroso. Sin embargo, la Biblia dice: “No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11).

¿Cuál es *tu* anhelo en este momento? ¿Anhelas un esposo o alguien en quien confiar? ¿Anhelas hijos o alguien que te obedezca o un empleo que pague bien o un propósito gratificante? ¿Qué bendiciones ya te ha dado Dios? Y ¿qué te podría estar negando para tu bien?

Lamentablemente, a veces soy como Eva. Dios me ha dado

muchas cosas. Sin embargo, a menudo no solo deseo más, ¡sino que le *pido a Dios* que me dé más!

### **Busquemos solo una cosa**

Recientemente fui a Dios en oración con mi lista de cosas por las que estoy realmente desesperada.

*Dios, tengo muchas cosas en mi corazón en este momento. Estoy preocupada por este problema financiero que parece oprimirnos. Después tengo la resonancia magnética de mi hija esta tarde y sabremos si necesita otra cirugía de rodilla. A estas alturas, ya tendrían que haber llamado a mi hija para la audición de esa película. Te ruego que te acuerdes de ella, Señor, para que no se desaliente. Señor, te pido que me des paz en medio de esa decepción que perturba mi corazón. Y Dios, tú conoces el descontento que tengo en cierta área de mi vida. ¿Puedes cambiar mis circunstancias para que pueda estar contenta y tener paz?*

Esa lista era tan larga que quedé exhausta después de presentarle todas esas peticiones a Dios. Luego, la lectura devocional de esa mañana me llevó al Salmo 27; un salmo que he leído muchas veces y he enseñado también. Pero esta vez, parecía decirme algo diferente: un amable recordatorio o tal vez incluso una reprensión:

*Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo (v. 4).*

Le había estado pidiendo muchas cosas a Dios aquella mañana. Pero el salmista pidió solo *una* cosa: estar en la presencia del Señor para buscar su rostro y su gloria.

Me di cuenta de que si buscar a Dios hubiera sido mi único deseo —mi *única* petición—, no hubiera necesitado ninguna de las cosas que había estado pidiendo:

- *Si hubiera buscado primero su presencia*, habría recibido la seguridad de que Él es mi Proveedor, ya sea financieramente como en todo sentido.

- *Si solo hubiera buscado su rostro*, habría recibido la paz de saber que Él es el Gran Médico, cualquiera que fuera la condición médica de mi hija.
- *Y si mi principal deseo hubiera sido su gloria*, habría recibido la perspectiva de Él como el Sanador de mis heridas y el Redentor de todo aquello que perturbaba mi corazón descontento.

Cuando Dios se convierte en mi único deseo, puedo enfrentar cualquier circunstancia de mi vida. Jesús dijo: “Mas buscad *primeramente* el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33).

El resto de mi oración aquella mañana fue así:

*Simplifica mi corazón, Señor, de manera que tenga solo una petición: conocerte y habitar en la intimidad de tu presencia.*

¿Puedes simplificar *tu* larga lista de peticiones y resumirlas en solo una? ¿Qué pasaría si dejaras de querer algo más y, en cambio, anhelaras más de Dios? Permíteme mostrarte qué pasó cuando una mujer hizo esto.

### **Otra clase de anhelo de algo más**

Al igual que Laura, Paula también estaba desesperada por algo más, pero de una manera llamativamente distinta.

La mujer de cuarenta y dos años, madre de tres hijos (y abuela de dos niños de una hija casada) había estado totalmente contenta con su vida por un tiempo. Formaba parte del equipo ministerial de una gran iglesia creciente y participaba de un estudio bíblico semanal para mujeres. Parecía que estaba haciendo todo lo que debía hacer. Y parecía que tenía todo lo que anhelaba. Hasta el día que se dio cuenta de que había mucho más que *debía* anhelar.

“Un día, la primavera pasada, cuando estudiaba el libro de los Hechos, caí en cuenta de una horrible realidad: que estaba haciendo todo de manera mecánica —dijo Paula—. Llenaba los espacios en blanco, marcaba los casilleros, hacía la tarea; pero me sentía falsa. Recuerdo pensar: *Esto no es. Completar mecánicamente los espacios en*



*blanco de un estudio bíblico no es lo que me hace bien. Es pura teoría para mí”.*

No fue intencional, explica Paula. Ella estaba haciendo lo correcto en el lugar correcto, en el momento correcto. Pero su *corazón* no estaba en el lugar correcto.

“Tú puedes hacer muchas cosas buenas y no estar glorificando a Dios con lo que haces”, dijo Paula. Cuando tomó consciencia del aspecto mecánico de su relación con Dios, no quiso que siguiera siendo así. De hecho, lo rechazó y clamó a Dios que le ayudara a ser genuina en su fe y su relación con Él.

“Comenzó con mi desesperación por decirle: ‘Solo quiero conocerte. Necesito *más*. Más de *ti*. Necesito conocerte de otra manera”.

Una vez que Paula oró así, ella explica que “ha sido como estar ‘en espera’ desde entonces”.

El cambio más inmediato que ocurrió en la vida de Paula fue el hambre que desarrolló por la Palabra de Dios. Empezó a leer cada versículo de la Biblia que encontraba sobre el amor de Dios y después se planteaba esta pregunta: “¿Cómo sería de diferente tu vida ahora si realmente lo creyeras?”. En vez de limitarse a leer un versículo, empezó a aplicar esa verdad a su vida y a cada una de sus circunstancias cotidianas. El resultado fue la transformación de su vida y su relación con Dios.

Ahora, al mirar atrás, Paula dice: “No estaba ansiosa de la Persona [de Cristo]. Estaba ansiosa por conocer [de Él]”. Ella dice que amar más a Dios y su Palabra “me ha ayudado a verlo de una forma totalmente nueva... mi fe y mi pasión por Él han crecido de una manera que no lo puedo explicar. Dios me ha hecho ver claramente que quiere que lo conozca... hay una enorme diferencia entre conocer de Él y conocerlo íntimamente”.

¿Podría ser esta la diferencia entre estar *desesperada* y estar firme en un lugar seguro?

Paula dice que todavía hay días que está tentada a descarriarse y volver a su antigua manera de pensar y comportarse. Todavía hay días cuando podría ser igual que Laura. Pero dice que cuando pone en práctica la Palabra de Dios en sus circunstancias y confronta las mentiras del Tentador con la verdad de Dios, su vida se vuelve a encaminar.

“Ahora estoy en un punto de mi fe donde a veces escucho las mentiras y las creo, pero me lleva mucho menos tiempo darme cuenta de que se trata de una mentira —dice ella—. Estoy tan apasionada por la Palabra de Dios y tan enamorada y fanatizada por Él, que ahora puedo reemplazar esas mentiras mucho más rápido”.

La mentira de que tenemos derecho a más, aparte de Dios, puede llevar a una mujer al borde de la —e incluso a la total— desesperación, como sucedió en la vida de Laura. Pero la Palabra de Dios, como vimos en la vida de Paula, puede reemplazar esas mentiras y volver a llevar a una mujer a su lugar seguro donde puede vivir sosegadamente y ser de testimonio a otros.

### ¿Cuál eres tú?

Este es el relato actual de dos mujeres, dos caminos, dos decisiones. Y no es la primera vez que he visto casos como estos. Laura desapareció sin despedirse. Muchas de sus amigas nunca volvieron a saber de ella. La mayoría, como yo, hemos tratado de olvidarnos de su traición y seguir con nuestra vida.

¿Y Paula? Ella sigue siendo una bendición en la vida de mujeres de su iglesia en su servicio como líder y mentora personal. También dedica tiempo a enseñar a sus hijos a tener una relación —no una rutina— con Dios para que puedan amarlo y conocerlo.

Considera las dos situaciones: dos mujeres de la vida real, con dos caminos por delante y una decisión a tomar. Una mujer estaba desesperada por tener más de *todo*. La otra estaba desesperada por más de *Dios*. Una mujer se alejó de la mayoría de sus conocidos y hoy vive una vida intrascendente en la que ella es la figura central en el drama de su propia vida. La otra mujer glorifica a Dios con todo lo que es y bendice a todas las mujeres que se cruzan en su camino. Paula —la mujer que quería más de Dios— considera que su vida depende totalmente de Aquel que le *dio* la vida. Por eso cada día le sigue entregando su vida a Él.

¿Cuál de esas mujeres serás *tú*? ¿Y qué camino tomarás?

Dios les dijo a sus hijos, siglos atrás, que tenían dos caminos delante de ellos: dos caminos que también tenemos frente a nosotras como mujeres desesperadas:

Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga... Mas si tu corazón se apartare y no oyes, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos [nuestros propios deseos; las expectativas del mundo; nuestro deseo de dinero, amor o poder] y les sirvieres, yo os protesto hoy que de cierto pereceréis... A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; *escoge, pues, la vida*, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida... (Dt. 30:15-20).

Me encanta ver que Dios no se limita a darnos dos opciones a elegir y deja que decidamos solas nuestro propio destino. Sino que, en cambio, nos *ruega* que elijamos el camino correcto hacia su destino: “*Escoge, pues, la vida... porque él es vida...*”.

### **La decisión es tuya**

Cuando Eva fue tentada a querer más, tenía dos caminos frente a ella. Pudo haber elegido el conocimiento del mal (muerte y destrucción) o pudo haber elegido el fruto del árbol de la vida. ¡Si solo hubiera elegido la vida! En cambio, eligió el *conocimiento* en vez de la vida. Eligió conocer más de lo que, en su inocencia, conocía. Quiso *más* en su vida y, a cambio, terminó perdiendo su vida.

David, el salmista, un hombre que tuvo muchas encrucijadas frente a él en la vida, reconoció que Dios era Aquel que ponía los caminos delante de él. Y Dios nunca cubrió de misterio el camino correcto. “Me mostrarás la senda de la vida —cantó David en el Salmo 16:11—. En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”.

Y en Isaías 30:21 leemos que Dios vuelve a ser fiel al dejarnos elegir qué camino tomar: “Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda”.

¡Cómo quisiera escuchar ese susurro a mis espaldas! ¿Y tú? Yo quiero caminar en él y encontrar gozo en la presencia de Dios, y delicias a su diestra para siempre.

Piénsalo, amiga mía. ¿Necesita realmente Dios *rogarte* que escojas la vida? ¿No es obvia la respuesta? ¿No son evidentes los beneficios (vida y bendiciones)?

¿Qué camino seguirás? ¿Permitirás que tu desesperación por más te lleve por el camino de la destrucción? ¿O canalizarás tu deseo de algo más en un deseo por *más de Dios* y permitirás que Él te guíe hacia un destino feliz?

Yo sé qué camino quiero seguir. ¿Y tú?

Reflexión personal

# *Descubre tu lugar seguro*

Capítulo 1

## *Desesperada por algo más*

---

DESEA SOLO A DIOS

Me condujo a un lugar seguro;  
me rescató porque en mí se deleita.

SALMO 18:19 (NTV)

Somos mujeres desesperadas cuando queremos más a pesar de nuestras bendiciones. Sin embargo, cuando nos contentamos, descubrimos que ese es nuestro lugar seguro: el lugar donde ya no vivimos desesperadas, sino que vivimos en la plenitud del propósito de Dios para nuestra vida. Si Eva hubiera valorado su unidad con Dios y hubiera confiado en Él y en su decisión de darle todo lo que le había dado —y lo que *no* le había dado—, nunca habría sentido que la estaba privando de algo. Si hubiera aprendido a contentarse con el Amante de su alma, nunca habría escuchado la mentira de que necesitaba más de lo que ya tenía. Si hubiera aceptado su lugar seguro en el paraíso, nunca se habría tenido que ir de allí.

Los ejercicios de esta semana te ayudarán a encontrar ese lugar seguro de contentamiento cuando empieces a sentir que quieres o necesitas algo más.

1. Haz una lista de las cosas que te vienen a la mente cuando piensas en qué *más* te gustaría tener:

2. Ahora enumera las bendiciones de tu vida:

Hace poco leí las siguientes estadísticas, que sorprendieron y trajeron convicción de pecado a mi corazón por las veces que anhele más cosas:

Si tienes alimentos en tu refrigerador, ropa en tu clóset, un techo y un lugar donde dormir, eres más rica que el 75% de las personas de esta tierra. Si tienes *una suma* de dinero en el banco y algo en tu billetera y algunas monedas en alguna bandejita de tu casa, eres parte del 8% de los más ricos del mundo; ¡el 92% tiene menos de lo que tú tienes para vivir! Si nunca has experimentado el peligro de la batalla, la soledad de la cárcel, la agonía de la tortura o las punzadas del hambre, estás por delante de 500 millones de personas del mundo. Si puedes asistir a un servicio de adoración de tu iglesia sin temor a que te persigan, te arresten, te torturen o te maten, eres más bendecida que tres billones de personas del mundo.<sup>2</sup>

3. Escribe una oración en respuesta al párrafo anterior.

4. Lee el Salmo 27:4. Si resumieras todos tus deseos en “una sola cosa”, como hizo David, ¿cuál sería?

---

2. Kay Warren, *Dangerous Surrender* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2007), p. 22. Edición en castellano: *Una entrega peligrosa*, publicado por Editorial Vida el 29 de enero de 2008.

5. Con el Salmo 27:4 como guía, escribe tu oración al Señor y exprésale *esa sola cosa* que deseas de manera que Él ocupe el primer lugar en tu vida